

tender en él, y ocupen los pensamientos mozos de sus doncellas en estas haciendas, y hagan que animadas con el ejemplo de la señora, contiendan todas entre sí, procurando de aventajarse en el ser hacendosas: y cuando para el aderezo, ó provisión de sus personas y casas no les fuere necesaria aquesta labor (aunque ninguna casa hay tan grande, ni tan real; adonde semejantes obras no traigan honra y provecho) pero cuando no para sí, háganlo para remedio, y abrigo de cien pobrezas, y de mil necesidades ajenas. Así que traten las duquesas, y las reinas el lino, y labren la seda, y den tarea á sus damas, y pruébense con ellas en estos oficios, y pongan en estado, y honra aquesta virtud: que yo me hago valiente de alcanzar del mundo, que las loe, y de sus maridos los duques y reyes, que las precien por ello, y que las estimen: y aun acabaré con ellos, que en pago de este cuidado, las absuelvan de otros mil importunos, y memorables trabajos, con que atormentan sus cuerpos, y rostros; y que las excusen, y libren del leer en los libros de caballerías, y del traer el soneto, y la canción en el seno, y del billete, y del donaire de los recaudos, y del terrero, y del sarao, y de otras cien cosas de este jaez, aunque nunca las hagan. Por manera que la buena casada en este artículo, de que vamos hablando, de ser hacendosa, y casera, ha de ser ó labradora, en la forma que dicho es, ó semejante á labradora, todo cuanto pudiere. Y porque del ser hacendosa decíamos, que era la primera parte ser aprovechada, y que por esta causa Salomón no dijo, que el marido le compraba lino á esta mujer, sino que ella lo buscaba, y compraba; es de advertir lo que en esto acontece, que algunas ya que se disponen á ser hacendosas, por faltalles esta parte de aprovechadas, son más caras, y más costosas labrando, que antes eran desaprovechadas holgando. Porque cuanto hacen, y labran, ha de venir todo de casa del joyero, y del mercader, ó fiado, ó comprado á mayores precios; y quiere la ventura después, que habiendo venido mucho del oro, y mucha de la seda, y aljófar, pára todo el artificio y trabajo en un araño de pájaros, ó en otra cosa semejante de aire. Pues á estas tales mándenles sus maridos, que descansen, y huelguen, ó ellas lo harán sin que se lo manden, porque muy menos malas son para el sueño, que para el tra-

bajo, y la vela: que lo casero, y lo hacendoso de una buena mujer, gran parte de ello consiste en que ninguna cosa de su casa quede desaprovechada, sino que todo cobre valor, y crezca en sus manos, y que como sin saber de qué, se haga rica, y saque tesoro, á manera de decir, de entre las barreras de su portal. Y si el descender á cosas menudas, no fuera hacer particular esta doctrina, que el Espiritu santo quiso que fuese general, y común, yo trujera agora á Vmd. por toda su casa, y en cada uno de los rincones de ella le dijera lo que hay de provecho: más Vmd. lo sabe bien: y lo hace mejor, y las que se aplican á esta virtud, de sí mismas lo entienden: como al revés las que son perdidas, y desaprovechadas, por más que se les diga, nunca lo aprenden. Pero veamos lo que después de aquesto se sigue.

§. IV.

Declárase qué es ser mujer casera, y del modo que debe acrecentar la hacienda.

Fué como navio de mercader, que de buen trae su pan.

Pan llama la sagrada Escritura á todo aquello que pertenece, y ayuda á la provisión de nuestra vida. Pues compara á esta su casada Salomón á un navio de mercader bastecido y rico. En lo cual hermosa y eficazmente da á entender la obra, y el provecho de esto que tratamos, y llamamos casero, y hacendoso en la mujer. La nao, lo uno corre la mar por diversas partes, pasa muchos senos, toca en diferentes tierras, y provincias, y en cada una de ellas coge lo que en ellas hay bueno y barato, y con solo tomarlo en sí, y pasarlo á su tierra le da mayor precio, y dobla, y tresdobla la ganancia. Demás de esto la riqueza que cabe en una nao, y la mercadería que abarca, no es riqueza, la que basta á un hombre solo, ó á un género de gente particular, sino es provisión entera para una ciudad, y para todas las diferencias de gentes que hay en ella: trae lienzos, y sedas, y brocados, y piedras ricas, y obras de oficiales hermosas, y de todo género de bastimentos, y de todo gran copia. Pues esto mismo acontece á la mujer ca-

sera, que como la nave corre por diversas tierras buscando ganancia, así ella ha de rodear de su casa todos los rincones, y recoger todo lo que pareciere estar perdido en ellos, y convertirlo en utilidad, y provecho: y tentar la diligencia de su industria, y como hacer prueba de ella, así en lo menudo, como en lo granado. Y como el que navega á las Indias, de las agujas que lleva, y de los alfileres, y de otras cosas de aqueste jaez, que acá valen poco, y los indios las estiman en mucho, trae rico oro, y piedras preciosas; así esta nave, que vamos pintando, ha de convertir en riqueza, lo que pareciere más desechado, y convertirlo, sin parecer que hace algo en ello, sino con tomarlo en la mano, y tocarlo; como hace la nave, que sin parecer que se menea nunca descansa, y cuando los otros duermen, navega ella, y acrecienta con sólo mudar el aire, el valor de lo que recibe. Y así la hacendosa mujer, estando asentada no para, durmiendo vela, y ociosa trabaja, y cuasi sin sentir cómo, ó de qué manera, se hace rica. Visto habrá Vmd. alguna mujer como ésta, y dentro de su casa debe haber no pequeño ejemplo de aquesta virtud. Pero si no quiere acordarse de sí, y quiere ver con cuánta propiedad, y verdad es nao la casera, ponga delante los ojos una mujer, que rodea su casa, y de lo que en ella parece perdido, hace dinero, y compra lana, y lino, y junta con sus criadas, lo adereza, y lo labra; y verá que estándose sentada con sus mujeres, volteando el huso en la mano, y contando consejas, como la nave, que sin parecer que se muda, va navegando, y pasando un día, y sucediendo otro, y viniendo las noches, y amaneciendo las mañanas, y corriendo, como sin menearse, la obra, se teje la tela, y se labra el paño, y se acaban las ricas labores; y cuando menos pensamos, llenas las velas de prosperidad, entra esta nuestra nave en el puerto, y comienza á desplegar sus riquezas, y sale de allí el abrigo para los criados, y el vestido para los hijos, y las galas suyas, y los arreos para su marido, y las camas ricamente labradas, y los atavíos para las paredes y salas, y los labrados hermosos, y el abastecimiento de todas las alhajas de casa, que es un tesoro sin suelo. Y dice Salomón, que trae esta nave de lueño su pan; porque si Vmd. coteja el principio de esta obra con el fin de ella, y mide bien los caminos por donde se viene á este

puerto, apenas se alcanzará cómo se pudo llegar á él, ni cómo fué posible de tan delgados y apartados principios, venirse á hacer después un tan caudaloso río. Mas pasemos á lo que después de esto se sigue.

§. VII.

Pondérase la obligación de madrugar en las casadas, y se persuade á ello con una hermosa descripción de las delicias que suele traer consigo la mañana. Avisase también que el levantarse temprano de la cama ha de ser para arreglar á los criados y proveer á la familia.

Madrugó, y repartió á sus gañanes las raciones, la tarea á sus mozas.

Es, como habemos dicho, esta casada que pinta aquí, y pone por ejemplo de las buenas casadas el Espíritu santo, mujer de un hombre de los que viven de labranza. Y la razón porque pone por dechado á una mujer de esta suerte, y no de las otras maneras, también está dicha. Pues como en las casas semejantes la familia que ha de ir á las cosas del campo, es menester que madrugue muy de mañana, y porque no vuelve á casa hasta la noche, es menester también que lleven consigo la provisión de la comida, y almuerzo, y que se les reparta á cada uno, así la ración de su mantenimiento, como las obras, y haciendas, en que han de emplear su trabajo aquel día: pues como esto sea así, dice Salomón, que su buena casada no encomendó este cuidado á alguna de sus sirvientas, y se quedó ella regalando con el sueño de la mañana descuidadamente en su cama, sino que se levantó la primera, y que ganó por la mano al lucero, y amaneció ella antes que el sol, y por sí misma, y no por mano ajena proveyó á su gente, y familia, así en lo que habían de hacer, como en lo que habían de comer. En lo cual enseña, y manda á las que son de esta suerte, que lo hagan así, y á las que son de suertes diferentes, que usen de la misma vela, y diligencia. Porque aunque no tengan gañanes, ni obreros, que enviar al campo, tienen cada una en su suerte y estado otras cosas, que son como estas, y que tocan al buen gobier-

no, y provisión de su casa ordinario, y de cada día, que las obligan á que despierten, y se levanten, y pongan en ello su cuidado, y sus manos. Y así con estas palabras dichas, y entendidas generalmente, avisa de dos cosas el Espíritu santo, y añade como dos nuevos colores de perfección y virtud á esta mujer casada, que va dibujando. La una es, que sea madrugadora, y la otra, que madrugando provea ella luégo, y por sí misma lo que la orden de su casa pide. Que ambas á dos son importantísimas cosas. Y digamos de lo primero. Mucho se engañan los que piensan, que mientras ellas, cuya es la casa, y á quien propiamente toca el bien, y el mal de ella, duermen y se descuidan, cuidará, y velará la criada, que no le toca, y que al fin lo mira todo como ajeno. Porque si el amo duerme, ¿por qué despertará el criado? Y si la señora, que es y ha de ser el ejemplo, y la maestra de su familia, y de quien ha de aprender cada una de sus criadas lo que conviene á su oficio, se olvida de todo; por la misma razón, y con mayor razón los demás serán olvidadizos, y dados al sueño. Bien dijo Aristóteles (1) en este mismo propósito: *Que el que no tiene buen dechado, no puede ser buen remedador.* No podrá el siervo mirar por la casa, si ve que el dueño se descuida de ella. De manera que ha de madrugar la casada, para que madrugue su familia. Porque ha de entender, que su casa es un cuerpo, que ella es el alma de él, y que como los miembros no se mueven, si no son movidos del alma, así sus criadas si no las menea ella, y las levanta, y mueve á sus obras, no se sabrán menear. Y cuando las criadas madrugasen por sí, durmiendo su ama, y no la teniendo por testigo, y por guarda suya, es peor que madruguen, porque entonces la casa por aquel espacio de tiempo es como pueblo sin rey, y sin ley, y como comunidad sin cabeza: y no se levantan á servir, sino á robar, y destruir; y es el propio tiempo para cuando ellas guardan sus hechos. Por donde como en el castillo, que está en frontera, ó en el lugar que se teme de los enemigos, nunca falta la vela; así en la casa bien gobernada en tanto que están despiertos los enemigos, que son los criados, siempre ha de velar el señor. El es el

(1) Arist. *De cura rei familiaris*, lib. 1, cap. 6.

que ha de ir al lecho el postrero, y el primero que ha de levantarse del lecho. Y la señora, y la casada que esto no hiciera, haga el ánimo ancho á su gran desventura, persuadida, y cierta, que le han de entrar los enemigos el fuerte, y que un día sentirá el daño, y otro verá el robo, y de continuo el enojo, y el mal recaudo, y servicio: y que al mal de la hacienda acompañará también el mal de la honra. Y como dice Cristo en el Evangelio (Matth. cap. xiii, v. 25.), que mientras el padre de la familia duerme, siembra el enemigo la cizaña; así ella con su descuido, y sueño meterá la libertad, y la deshonestidad por su casa, que abrirá las puertas, y falseará las llaves, y quebrantará los candados, y penetrará hasta los postreros secretos, corrompiendo á las criadas, y no parando hasta poner su infición en las hijas: con que la señora, que no supo entonces, ni quiso por la mañana despedir de los ojos el sueño, ni dejar de dormir un poco, lastimada y herida en el corazón pasará en amargos suspiros muchas noches velando. Mas es trabajoso el madrugar, y dañoso para la salud. Cuando fuera así, siendo por otra parte tan provechoso, y necesario para el buen gobierno de la casa, y tan debido al oficio de la que se llama señora de ella, se había de posponer aquel daño; porque más debe el hombre á su oficio, que á su cuerpo, y mayor dolor y enfermedad es traer de continuo su familia desordenada, y perdida, que padecer un poco, ó en el estómago de flaqueza, ó en la cabeza de pesadumbre. Pero al revés el madrugar es tan saludable, que la razón sola de la salud, aunque no despertara el cuidado, y obligación de la casa, había de levantar de la cama en amaneciendo á las casadas. Y guarda en esto Dios, como en todo lo demás, la dulzura, y suavidad de su sabio gobierno: en que aquello á que nos obliga, es lo mismo que más conviene á nuestra naturaleza, y en que recibe por su servicio, lo que es nuestro provecho. Así que no sólo la casa, sino también la salud pide á la buena mujer que madrugue. Porque cierto es, que es nuestro cuerpo del metal de los otros cuerpos, y que la orden que guarda la naturaleza para el bien y conservación de los demás, esa misma es la que conserva y da salud á los hombres. ¿Pues quién no ve, que á aquella hora despierta el mundo todo junto? ¿y que la luz nueva sa-

liendo, abre los ojos de los animales todos? y que si fuese entonces dañoso dejar el sueño, la naturaleza, que en todas las cosas generalmente, y en cada una por si esquivada, y hu-ye el daño, y sigue, y apetece el provecho, ó que para decir la verdad, es ella eso mismo que á cada una de las cosas conviene, y es provechoso, no rompiera tan presto el velo de las tinieblas, que nos adormecen, ni sacará por el oriente los claros rayos del sol, ó si los sacara, no les diera tantas fuerzas para nos despertar? Porque si no despertase naturalmente la luz, no le cerrarian las ventanas tan diligentemente los que abraza el sueño. Por manera que la naturaleza, pues nos envía la luz, quiere sin duda que nos despierte. Y pues ella nos despierta, á nuestra salud conviene, que despertemos. Y no contradice á esto el uso de las personas, que agora el mundo llama señores, cuyo principal cuidado es vivir para el descanso, y regalo del cuerpo, las cuales guardan la cama hasta las doce del día. Antes esta verdad, que se toca con las manos, condena aquel vicio, del cual ya por nuestros pecados, ó por sus pecados de ellos mismos, hacen honra y estado; y ponen parte de su grandeza en no guardar, ni aún en esto, el concierto que Dios les pone. Castigaba bien una persona, que yo conocí, esta torpeza, y nombrábala con su merecido vocablo. Y aunque es tan vil, como lo es el hecho, daráme Vmd. licencia para que lo ponga aquí, porque es palabra que cuadra. Así que cuando le decía alguno, que era estado en los señores este dormir, solía él responder, que se erraba la letra, y por decir *establo*, decían *estado*. Y ello á la verdad es así, que aquel desconcierto de vida tiene principio, y nace de otro mayor desconcierto, que está en el alma, y es causa él también, y principio de muchos otros desconciertos torpes y feos. Porque la sangre, y los demás humores del cuerpo con el calor del día, y del sueño encendidos demasadamente, y dañados, no solamente corrompen la salud, mas también aficionan, é inficionan el corazón feamente. Y es cosa digna de admiración, que siendo estos señores en todo lo demás grandes seguidores, ó por mejor decir, grandes esclavos de su deleite, en esto solo se olvidan de él, y pierden por un vicioso dormir, lo más deleitoso de la vida, que es la mañana. Porque entonces la luz como viene después de las

tinieblas, y se halla como después de haber sido perdida, parece ser otra, y hiere el corazón del hombre con una nueva alegría; y la vista del cielo entonces, y el colorear de las nubes, y el descubrirse el aurora, que no sin causa los poetas (1) la coronan de rosas, y el aparecer la hermosura del sol es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves ¿qué duda hay, sino que suena entonces más dulcemente? Y las flores, y las yerbas, y el campo todo despide de si un tesoro de olor. Y como cuando entra el Rey de nuevo en alguna ciudad, se adereza, y hermosea toda ella, y los ciudadanos hacen entonces plaza, y como alarde de sus mejores riquezas: así los animales, y la tierra, y el aire, y todos los elementos á la venida del sol se alegran, y como para recibirle se hermocean, y mejoran, y ponen en público cada uno sus bienes. Y como los curiosos suelen poner cuidado y trabajo, por ver semejantes recibimientos; así los hombres concertados, y cuerdos, aun por sólo el gusto, no han de perder esta fiesta, que hace toda la naturaleza á el sol por las mañanas. Porque no es gusto de un solo sentido, sino general contentamiento de todos: porque la vista se deleita con el nacer de la luz, y con la figura del aire, y con el variar de las nubes: á los oídos las aves hacen agradable armonía: para el oler el olor que en aquella sazón el campo, y las yerbas despiden de sí, es olor suavísimo: pues el frescor del aire de entonces templado con grande deleite el humor calentado con el sueño, y cria salud, y lava las tristezas del corazón, y no sé en qué manera le despierta á pensamientos divinos, antes que se ahogue en los negocios del día. Pero si puede tanto con estos hijos de tinieblas el amor de ellas, que aún del día hacen noche, y pierden el fruto de la luz con el sueño; y ni el deleite, ni la salud, ni la necesidad y provecho, que dicho habemos, son poderosos para los hacer levantar: Vmd. que es hija de luz, levántese con ella, y abra la claridad de sus ojos, cuando descubriere sus rayos el sol, y con pecho puro levante sus manos limpias al dador de la luz, ofreciéndole con santas y agradecidas palabras su corazón: y después de hecho esto, y de haber gozado del gusto del nuevo día, vuel-

(1) Virg. Eneyd. lib. vi, v. 535.—Garcilaso, Eglog. II.

ta á las cosas de su casa, entienda en su oficio: que es lo otro, que pide en esta letra el Espíritu santo á la buena casada, como fin á quien se ordenó lo primero, que habemos dicho, del madrugar. Porque no se entiende, que si madruga la casada, ha de ser para que rodeada de botecillos, y arqui-llas, como hacen algunas, se esté sentada tres horas afilando la ceja, y pintando la cara, y negociando con su espejo, que mienta, y la llame hermosa. Que demás del grave mal, que hay en este artificio postizo, del cual se dirá en su lugar, es no conseguir el fin de su diligencia, y es faltar á su casa, por ocuparse en cosas tan excusadas, que fuera menos mal el dormir. Levántese pues: y levantada gobierne su gente, y mire lo que se ha de proveer, y hacer aquel día, y á cada uno de sus criados reparta su oficio; y como en la guerra el capitán, cuando ordena por hileras su escuadra, pone á cada un soldado en su propio lugar, y le avisa á cada uno, que guarde su puesto; así ella ha de repartir á sus criados sus obras, y poner orden en todos. En lo cual se encierran grandes provechos. Porque lo uno, hácese lo que conviene con tiempo y con gusto. Lo otro, para cuando alguna vez acontece, que ó la enfermedad, ó la ocupación tiene ausente á la señora. están ya los criados por el uso, como maestros en todo aquello que deben hacer: y la voz, y la orden de su ama, á la cual tienen hechos ya los oídos, aunque no la oigan entonces, les suena en ellos todavía, y la tienen como presente sin verla. Y demás de esto del cuidado del ama aprenden las criadas á ser cuidadosas: y no osan tener en poco aquello en que ven que se emplea la diligencia, y el mandamiento de su señora; y como conocen que su vista, y provisión de ella se extiende por todo, paréceles, y con razón, que en todo cuanto hacen, la tienen como por testigo, y presente; y así se animan, no sólo á tratar con fidelidad sus obras, y oficios, sino también á aventajarse señaladamente en ellos. Y así crece el bien como espuma, y se mejora la hacienda, y reina el concierto, y va desterrado el enojo. Y finalmente la vista y la presencia, y la voz, y el mando del ama, hace á sus mozas no sólo que le sean provechosas, sino que ellas en sí no se hagan viciosas, lo cual también pertenece á su oficio. Síguese:

§. VIII.

La perfecta casada no sólo ha de cuidar de abastecer su casa y conservar lo que el marido adquiere, sino que ha de adelantar también la hacienda.

Vínole al gusto una heredad, y compróla, y del fruto de sus palmas plantó viña.

Esto no es algún nuevo precepto diferente de los pasados, ni otra virtud más particular que las dichas, sino antes es como una cosa que se consigue, y nace de ellas. Porque cierto es, que la casada que fuere tan tasada en sus gastos, y tan no curiosa por una parte, y por otra tan casera, y veladora, y aprovechada, no sólo conservará lo que su marido adquiriere, sino también ella lo acrecentará por su parte, que es lo que aquí agora se dice. Porque de tan grande industria, y vela, el fruto no puede ser sino grande. Por manera que á los demás títulos, que siguiendo esta doctrina de Dios, habemos dado á la buena mujer, añadimos agora éste, que sea adelantadora de su hacienda, no como título diferente de los primeros, sino como cosa que se sigue de ellos, y que declara la fuerza de los pasados, y lo que pueden, y el hasta dónde han de llegar. Y así decir, que compró hereditario, y que plantó viña del sudor de su mano, es avisarle, que del ser casera, que se le pide, su propio punto es no parar hasta esto, que es no sólo bastecer á su casa, sino también adelantar su hacienda: no sólo hacer que lo que está dentro de sus puertas esté bien proveído, sino hacer también que se acrecienten en número los bienes y posesiones de fuera. Y es decirle, que pretenda, y se precie ella también de, señalando como con el dedo alguna parte de sus posesiones, poder decir claramente, este es fruto de mis trabajos, mi industria añadió esto á mi casa, de mis sudores fructificó esta hacienda, como lo han hecho en nuestros tiempos algunas. Pero dirán, que es esto pedir mucho. Mas pregunto yo á las que lo dicen, qué es en esto lo que tienen por mucho? Tienen por mucho, que de la diligencia, y aprovechamiento, y labor de una mujer acom-